

Misión Educacional Chilena en Costa Rica
— 1935 —

Informes y Trabajos

Vol. II

Educación Secundaria

Arturo Piga

Educación Técnica

Luis Galdames

Editorial Borrásé Hnos.
San José, Costa Rica

1935

LUIS GALDAMES

EDUCACION TECNICA

I

LA ENSEÑANZA TECNICA COMO EDUCACION GENERAL

Hasta hace muy poco, —y aún hasta ahora mismo,— la educación secundaria ha sido considerada como función exclusiva del colegio o liceo; y su finalidad ha consistido en impartir una cultura general, humanista y desinteresada, a base literaria y científica, con vista a los estudios superiores de carácter universitario. Por lo común, la actividad de esos establecimientos estuvo subordinada a las exigencias de la iniciación de aquellos estudios superiores. La enseñanza preparatoria para el ejercicio del comercio, la agricultura, la minería, las industrias y las profesiones femeninas, se ha denominado "enseñanza especial", para distinguirla de la "secundaria".

Siempre nos pareció tal criterio, no diremos absurdo, pero sí arbitrario. El punto de vista en que de preferencia se han colocado los organizadores de nuestros sistemas docentes es el colegio y la calidad de enseñanza que éste ha de ofrecer. El niño acude a este colegio para someterse a determinadas disciplinas de estudio, adscritas a fines cuidadosamente calculados. Es moldeable, plegable, acomodaticio, co-

mo una masa de cera en manos del artífice. Se le hace un plan y un programa; y en ellos deben caber sus facultades y aptitudes para ser puestas en acción. No importa que haya niños de niños; es decir, que unos tengan cierta capacidad y los otros capacidades muy distintas. Los que se pliegan a la disciplina del colegio aprovecharán su tiempo y surgirán; los inadaptados fracasarán irremediablemente. En todo caso, el colegio se mantendrá incólume, con sus jefes, con sus maestros, con sus instalaciones, sus planes y programas. El niño está hecho para el colegio.

Así no ha sido fácil concebir la unidad de la función educacional como un solo proceso que se desarrolla desde la infancia, a través de la adolescencia, hasta la juventud y que en definitiva se prolonga durante la vida entera del sujeto. Mucho menos fácil ha sido comprender la etapa de la adolescencia como un solo período de trabajo escolar, diversificado hacia las funciones específicas de cada individuo en la sociedad.

Otro obstáculo, más grave si se quiere, ha cerrado el paso a esta concepción. "Probablemente, la más profunda antítesis que se observa en la historia de la Pedagogía, —escribe Dewey, *Democracia y Educación*,— es la que existe entre la educación preparatoria para el trabajo útil y la educación preparatoria para una vida de ocio. Los términos "trabajo útil" y "ocio" confirman la afirmación ya hecha de que la segregación y el conflicto de valores no nacen y acaban en sí mismos sino que expresan una división dentro de la vida social. Si las dos funcio-

nes, la de obtener un medio de vida mediante el trabajo y la de gozar de un modo espiritual y cultivado las oportunidades del ocio, se distribuyesen igualmente entre los miembros de una comunidad, no se le ocurriría a nadie que hubiera ningún conflicto entre los agentes y las aspiraciones educativos... Sólo cuando una división de esos intereses coincida con una división de clases sociales, en inferior y superior, es cuando la preparación para el trabajo útil será considerada despectivamente como una cosa indigna. Y este hecho entrañará la conclusión de que la identificación rígida del trabajo con los intereses materiales y del ocio con los intereses ideales es en sí misma un producto social”.

Este hecho que Dewey señala, de la separación de la sociedad en dos clases fundamentales, la una cultivada y directiva, apta para gozar de todos los deleites del ocio, y la otra, laboriosa y productora, sin otro tiempo disponible que el necesario para consumir sus esfuerzos, dió origen a la separación también de las actividades educacionales en dos grupos: uno con finalidades exclusivamente utilitarias, prácticas y económicas, —enseñanza técnico-manual,— y otro con finalidades literarias, artísticas, culturales y desinteresadas, —enseñanza clásica, humanista o liberal, como en distintas épocas se le ha llamado.

Por circunstancias históricas de todos conocidas, determinantes de una acentuada jerarquización social, en casi todos los países hispano-americanos se organizó primero la educación de las clases elevadas, por la cultura y para la cultura, y las otras ramas de

la educación, destinadas a levantar el nivel de las clases inferiores y a adiestrarlas mejor para la lucha económica, fueron surgiendo lentamente al lado de aquellas, como cooperadoras a veces y con más frecuencia como rivales.

Formar con ese conglomerado de colegios y escuelas un haz coherente y armónico, pero con irradiación en diversos sentidos para atender a la satisfacción de las múltiples exigencias y aspiraciones sociales, fué empresa que en Hispano-América pareció siempre punto menos que irrealizable. Entre otros países, acaso sea Costa Rica uno de los pocos que han comprendido la necesidad primordial de la escuela común y procedido en consecuencia; pero eso mismo le ha restado energías a su segunda enseñanza. De todas suertes, como ella ha de adquirir mayor amplitud dentro de un lapso no imprevisible, conviene poner en claro desde luego su unidad funcional y la necesidad de que el colegio empiece por adaptarse al niño, no por adaptar el niño al colegio. Como se sabe, la educación nueva tiende a afianzar en este sentido una verdadera inversión de los valores tradicionales.

Es incuestionablemente un hecho que la función educacional constituye un solo proceso desde la infancia hasta la juventud, o sea, desde el hogar infantil hasta la Universidad, fundado en el desenvolvimiento natural o psico-fisiológico del educando, y que ese proceso único tiene manifestaciones características en sus diferentes etapas, manifestaciones a las cuales la docencia debe ajustar sus métodos, su

contenido y sus finalidades. Además, es forzoso contemplar estas últimas en relación con la colectividad de que el educando forma parte, porque la educación es también, y por encima de todo, una función genérica y específicamente social.

No habremos ya de ponernos en el caso de una educación doblemente orientada, en atención a una sociedad dividida en dos clases. Es menester que consideremos las superioridades como fruto natural de una selección amplia, en la libre concurrencia de capacidades hereditarias y de aptitudes especializadas. Tampoco habremos de cerrar a nadie el paso a las mayores posibilidades; pero, eso sí, a condición de ser siempre un elemento de cooperación social, tanto económica como intelectualmente.

Alguna vez hemos sintetizado eso del modo que sigue: —“La educación general tendrá por objeto favorecer el desarrollo integral del individuo de acuerdo con las vocaciones que manifieste para su máxima aptitud productora, intelectual y manual. Tenderá a formar: asimismo, dentro de la cooperación y de la solidaridad nacionales, un conjunto social digno y capaz de un trabajo creador... La educación se orientará hacia los diferentes tipos de producción, conforme a las necesidades del país”.

Lógico es entonces que, si tomamos al niño como sujeto de la educación, si hemos de procurar el máximo aprovechamiento de sus capacidades y aptitudes, si debemos propender a ejercitarlo para una vida de eficiencia social y nacional, sin distinguir clases ni jerarquías en el desarrollo del proceso edu-

cador, lógico es entonces, decimos, que del mismo modo que la educación primaria es una sola, la secundaria lo sea también, como correspondiente a la segunda etapa en el desenvolvimiento natural del individuo. En consecuencia, entendemos por enseñanza secundaria la que se imparte a los adolescentes, cualquiera que sea la modalidad que ella adopte y cualesquiera que sean los fines a que se dirija.

La adolescencia es el período de la vida que sigue a la infancia; y se reconoce por las primeras manifestaciones de la pubertad, período que transcurre aproximadamente entre los trece y los veinticinco años, y dentro del cual se completa el desarrollo fisiológico del individuo. Pero no usamos aquí esta expresión en su sentido biológico estricto, sino en su sentido corriente y vulgar, ya que a la última etapa de la adolescencia, desde que se frisa en los veinticinco años, acostumbramos llamarla con satisfacción "juventud". De modo que al escribir "adolescencia" nos hemos referido a esa edad pre-juvenil que se espacia entre los trece y los veinte años; edad de afanosa vida interior y exterior, de impulsos y vacilaciones, de ensueños y esperanzas, en que el carácter y la personalidad se manifiestan con términos casi siempre definidos.

La educación secundaria tiene por promordial misión favorecer el desenvolvimiento de esa personalidad y encauzarla en el sentido de la eficiencia individual y social. Es en este período de la vida cuando las vocaciones pueden reconocerse y las mejores aptitudes disciplinarse, cuando por lo común las capa-

tidades superiores se revelan y cuando los sentimientos se exhiben con una espontaneidad que permite advertir sus vibraciones posteriores. Y como las exigencias económicas imponen por lo general ya a esos años el trabajo productor, debe pensarse que lo que el colegio no hizo en beneficio de sus alumnos tendrá que hacerlo prácticamete la vida misma a que éstos se van a entregar. Es una minoría escasa, no más del 10 por ciento, la que seguirá estudios superiores para consagrarse en profesiones que exijan una preparación más completa y especializada, de la cual saldrá seguramente la *élite* directora del país.

En el colegio secundario nos hallamos, pues, frente al futuro hombre o mujer de cultura media, capacitados para perfeccionarse por su solo esfuerzo y para elevarse al nivel de esa misma *élite*, pero a quienes se les reclama desde luego eficiencia individual en el sentido de los intereses comunes. Quiéranlo o no, tendrán que participar, directa o indirectamente, en las funciones económicas creadoras de riqueza. Aún en el supuesto de que vayan a ser simples funcionarios, su empleo corresponderá a necesidades de un servicio que el Estado atiende, porque a tal servicio se vincula un determinado interés público.

El colegio secundario no puede prescindir, pues, de tomar en consideración la eficiencia social y específicamente económica de la personalidad que está tratando de desenvolver y orientar. La función característica de la educación secundaria queda así definida por sí sola: contribuir al mejor aprovechamiento de las capacidades y aptitudes individuales, valo-

rizadas social y económicamente. Lo cual no impide, y al contrario, supone una base de cultura intelectual.

De este modo, la educación trata de realzar el esfuerzo productor en países cuya raza, por la herencia misma transmitida desde sus primeros progenitores, miró siempre con desprecio el trabajo muscular, como cosa propia de pecheros e indigna de fijodalgos. Aspira también a colocar en un mismo nivel de valores las disciplinas técnico-manuales y las de carácter humanista o científico, porque todas ellas corresponden a necesidades colectivas que la educación debe contemplar. Sólo así el colegio llegará a ser ahora lo que debió siempre haber sido: la más importante de las agencias socializadoras.

Rancias preocupaciones tienden aun a demostrarnos que no se alían bien, dentro de un mismo colegio, las disciplinas espirituales con las técnicas; o sea, que la cultura desinteresada es incompatible con la cultura aplicada a un fin útil. Para los sostenedores de tal doctrina, estas funciones educacionales deberían desarrollarse separadamente, en colegios distintos, cada cual consagrado a una sola de ellas. Aquí, el estudio, por lo que vale en sí; más allá, los ejercicios técnicos, con vista hacia una profesión futura. No reparan en que es la vida misma quien une en el individuo esas dos formas de actividad; que no se estudia sin un propósito determinado, aunque sea el mero deleite; que, si algún valor tienen los conocimientos adquiridos, es precisamente su aplicabilidad, y que dentro del régimen social democrático, propio de todas las naciones actuales, cada cual necesita el

empleo de esos conocimientos para poder subsistir de su trabajo honradamente.

La vida es una continua experiencia; y el objeto de nuestros estudios no es en último análisis más que una adquisición de experiencias por otros acumuladas. La cultura espiritual sin finalidad ninguna es una simple abstracción. La realidad nos impone aplicarla; o, en otros términos, experimentarla. Y si el colegio ha de ser un reflejo de la realidad social en que vivimos, en él deberán resumirse las diversas formas que esa realidad nos presenta y de él deberán irradiar los perfeccionamientos hacia el exterior.

He ahí la concepción del *Liceo Técnico* como prototipo del colegio secundario; el Liceo en que el trabajo y el estudio se reparten en diferentes direcciones, para corresponder a las exigencias más premiosas de la sociedad; el Liceo llamado a despertar vocaciones, a descubrir capacidades, a disciplinar aptitudes y a alentar por todas partes fuerzas creadoras. La educación técnica, con finalidad específicamente económica, viene a imponerse así como una educación general de grado secundario y a fundir en un sólo crisol la idealidad y la realidad de la vida, con el ánimo de abrir paso a nuevas generaciones, cultas y productoras a la vez; las generaciones que reclama el presente para preparar un futuro mejor.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA SECUNDARIA
"JOSE TORIBIO MEDINA"